

Nuestras Armas

ORGANO DE LAS MILICIAS FERROVIARIAS

Año I Madrid, 3 de febrero de 1937 Núm. 3

EDITORIAL

Paralelamente a las medidas que el Gobierno del Frente Popular toma en esta nueva etapa en relación con los ferrocarriles en general, nosotros, Milicias ferroviarias, hemos de expresar nuestra opinión coincidente en un todo con aquellas actitudes que con respecto a nuestras Milicias el Gobierno de la victoria señala.

Un poco lejanos están los días en que se esperaba el toque de la sirena anunciando alto al trabajo y empezaba una nueva jornada para los ferroviarios revolucionarios. Los descampados de la Casa de Campo eran testigo de cómo y con qué interés nuestro embrión de Milicias adquiría conocimientos teóricos y prácticos. Culminadas están las anteriores etapas. Vamos consolidando nuestro movimiento. Vamos definiendo perfectamente bien la finalidad de nuestras tareas.

Hoy se nos plantea concretamente la creación de una brigada de Ferrocarriles, disciplinada, con una fuerte organización y preparada técnica y militarmente para desenvolver cuanta labor pueda desprenderse de las naturales actividades de la guerra. Nuestra brigada de Ferrocarriles será la fuerza de choque del ferrocarril. Los trenes blindados continuarán siendo tripulados y dirigidos por los ferroviarios al servicio de la causa antifascista. Los trenes blindados continuarán como vanguardia de acero en contacto con las avanzadas enemigas y paralelamente a esta actividad militar en su cien por cien. Será también nuestra brigada de Ferrocarriles la que como espólón más avanzado de la lucha organizará el servicio en aquellas estaciones que por su proximidad al enemigo puedan representar un evidente peligro y una dificultad en el desenvolvimiento normal de actividades. Entre nosotros existen compañeros de todas las categorías y de todas las profesiones. Se impone una selección o un encuadramiento de compañeros especializados en las diversas ramas del trabajo. Es así como nosotros los ferroviarios vamos a ayudar a los camaradas que en la retaguardia fortalecen la producción, dando facilidades para el triunfo en la vanguardia. Vamos a ayudar al Gobierno de la victoria, facilitándole cuantos medios sean precisos, como profesionales y como trabajadores revolucionarios, en las tareas conducentes a ganar la guerra y a aplastar para siempre al fascismo en nuestro suelo.

¡ADMINISTRACION!

La lucha que la canalla fascista desencadenó el día 18 de julio continúa. La lucha tiene varios aspectos importantísimos; cada camarada responsable en el suyo tiene la ineludible obligación de estudiarlo, analizarlo y publicarlo para conocimiento de todos los camaradas antifascistas. Con la divulgación oral o escrita se consiguen grandes resultados al inculcar a las masas los conocimientos necesarios en los diferentes aspectos que presente una guerra tan cruenta como la guerra civil.

Yo, valiéndome de los pocos conocimientos que a través del transcurso de la guerra he adquirido en el puesto que me asignaron, voy a procurar hacerlo agradeciendo a todos mis camaradas vvean en éste y sucesivos artículos verdadero deseo de servir a la causa en el aspecto que

yo llamo económico: la administración del almacén.

De la eficacia de la administración no se debe dudar jamás; sin administración no puede haber control; sin control no puede haber unidad; sin unidad no puede conseguirse una victoria a la par económica.

Para conseguir esta victoria económica debemos todos desprendernos de toda clase de egoísmos (impropios de trabajadores que luchamos, no para el hoy, sino para el mañana, para la futura generación), respetar a todos los camaradas y estudiar los casos que se nos presenten sin apasionamientos, teniendo en cuenta que el ignorar una cosa y preguntar con el debido respeto no significa más que deseo de capacitación, propio de un trabajador y luchador antifascista; lo contrario—abuso, aprovecha-

miento de la ignorancia del camarada responsable, engaño—denota un incalificable delito que ningún camarada consciente de su deber debe permitir.

No me ofrece ninguna duda que nuestra posición en el suministro de prendas a todos nuestros camaradas se presta a censuras mal intencionadas, a pesar de nuestro buen deseo, ya que el camarada que muchas veces protesta (suele ser el egoísta o el envidioso), no conoce los innumerables inconvenientes que se encuentran a nuestro paso para surtir a nuestro almacén de las prendas necesarias para el suministro a los camaradas.

Estos inconvenientes de orden económico, por la carestía de las prendas, es lo que me interesa hacer comprender a mis camaradas, a los que interrogo de esta manera: ¿por qué no laváis vuestras mudas en vez de arrojarlas al suelo? ¿No sabéis que estas mudas que tiráis le cuestan el oro al Estado? ¿Por qué no lleváis el cuidado de conservar vuestro calzado, observando el momento propicio para una reparación, en vez de tirarlo para que os proporcionen calzado nuevo? También esto le cuesta el oro a nuestro Estado. ¿Por qué miráis si el camarada tal o cual lleva una u otra prenda, y sin haceros falta, por el solo hecho que uno la lleve, la solicitáis, sin preguntar si se le dió porque le hacía verdadera falta.

Fijaros bien, camaradas: una victoria bien administrada es una doble victoria; daos cuenta de lo importante que para nosotros será el día que acabemos con el fascismo fatal, el encontrarnos con una situación económica bastante aceptable que nos permita mostrarnos ante el mundo sin agobios de ninguna especie, que aunque tengamos que trabajar en pro del Estado sea en la menor cantidad de tiempo, prueba evidente que hemos sabido (cada uno en su puesto) luchar con el menor sacrificio del oro nuestro y mayor eficacia en la batalla, al tener la doble satisfacción en pro de la causa; derrotar al fascismo y administrar y conservar nuestra potencia económica enormemente inmensa por nuestra riqueza natural.

Podemos presentar (y lo haré en próximos artículos) muchos casos de compañeros que pretendieron hacer un abuso, daré también la solución que dimos a estos casos para vuestro conocimiento y estudio, y espero que algún camarada me dé su opinión, consiguiendo al recibir ésta dos cosas: ver que mi artículo es leído y estudiado y conocer si nuestra posición es ajustada a los momentos actuales en cuanto a la cuestión económica.

MANUEL CAMPO YAGÜE

Teniente de Almacén

DISCIPLINA

Una y otra vez insistiremos sobre el particular. No podremos llevar a la práctica ninguna consigna, ni culminar con acierto ninguna tarea en tanto nuestras actividades no estén basadas sobre los principios fundamentales de organización y disciplina. Hemos superado una etapa donde hasta cierto punto era disculpable la falta de organización. Etapa donde faltándonos la unidad en mandos y tareas no se tenía un concepto muy justo de la necesidad de aceptar una disciplina férrea que por igual el acatamiento a normas y principios bien acusados. Hoy la situación, que se ha prolongado durante seis meses, define bien la responsabilidad, no solamente del momento, sino de cada uno.

Disciplina. Disciplina. Deja de ser ya la palabra un concepto que se ha utilizado con bastante frecuencia sin que haya respondido en muchos casos a la realidad de las cosas. Al superar las etapas anteriores vamos a cambiar la frase por hechos que revelan bien a las claras y a todos que no es un sentido vacío de responsabilidad. En la actualidad, sépanlo todos, la disciplina será impuesta sin reservas y sin debilidades. Tenemos a un enemigo que se ha definido con toda claridad, enemigos de más allá de nuestras fronteras que de la disciplina han hecho más que un culto, que en la disciplina férrea, fría, como corresponde a la brutalidad de sus designios, son empujados, que conducen al aplastamiento de todas las libertades y de todas las virtudes; a esta disciplina torpe y cruel oponemos la nuestra, consecuente y consciente. Por lo tanto, en nuestras compañías, en nuestros trenes blindados, se fortalecerá todos los días la organización, se fortalecerá la disciplina. Ni capitanes ni milicianos podrán eludir aquellas responsabilidades en que por debilidad o incapacidad puedan incurrir. Las circunstancias se ha repetido que son duras, también se ha repetido que la guerra hay que ganarla. No podemos suponer un solo momento que la guerra pueda ganarse por casualidad. La guerra hay que ganarla por el ciego convencimiento de una disciplina fuerte, consecuente y llena de vida.

EMULACIÓN

Parecerá algo abusivo que a los milicianos se les pida un mayor sacrificio y una más grande disciplina en el cumplimiento de sus actividades.

Sin embargo, como nuestra victoria depende de ello, es preciso extremar por parte de todos el celo y la actividad en los diferentes actos que desarrollemos.

Así en todos los lugares deben formarse grupos de choque que den ejemplo a los demás de lo que puede hacerse con espíritu de organización. En el frente y en la retaguardia, en las trincheras y en los talleres.

En los sitios en que se trabaja para la guerra deben surgir los grupos de emulación antifascista, los cuales trabajarán y producirán lo más posible, rechazando siempre las propuestas tendentes a los descansos periódicos.

Harán que las máquinas den el máximo rendimiento dentro de sus posibilidades. El cuidado y limpieza del «utillaje» debe ser el orgullo del obrero de choque.

En el frente, la permanencia en los puestos de vigilancia, con las debidas facultades atentas a cualquier intento de sorpresa por parte del enemigo. El consejo al reacio o adormilado, haciéndole ver el peligro que todos corren,

y él también, por su desidia, producirá excelentes resultados.

La limpieza del armamento, la fortificación y mejora de las posiciones se verán siempre compensadas con el ahorro de vidas y la imposibilidad de retroceso.

La indolencia y el ocio son los mayores enemigos del triunfo.

Empleando todas nuestras facultades físicas en un trabajo útil estaremos menos expuestos a morir y más a triunfar.

De la misma manera el ahorro de munición, aprovechándola, la recogida de casquillos, el cuidado del calzado, el tomar incluso el pan necesario, con objeto de no tirar nada y aprovechar el sobrante para la siguiente comida.

Valerse de la ropa que se tenga de antes, y no pedir, «aunque haya derecho», a nuestra intendencia, siempre que sea posible.

De las economías individuales y del esfuerzo individual también surgirá el beneficio general, con lo cual crecerá la moral y el empuje de la retaguardia y el ejército combatiente.

Ello, repetimos, repercutirá en el triunfo próximo de nuestra causa, tanto más próximo cuanto mayor sea el esfuerzo de combatividad y sacrificio cuya intensidad ha de elevarse con la formación de los grupos que propugnamos.

P. PINTO

MILICIANOS FERROVIARIOS

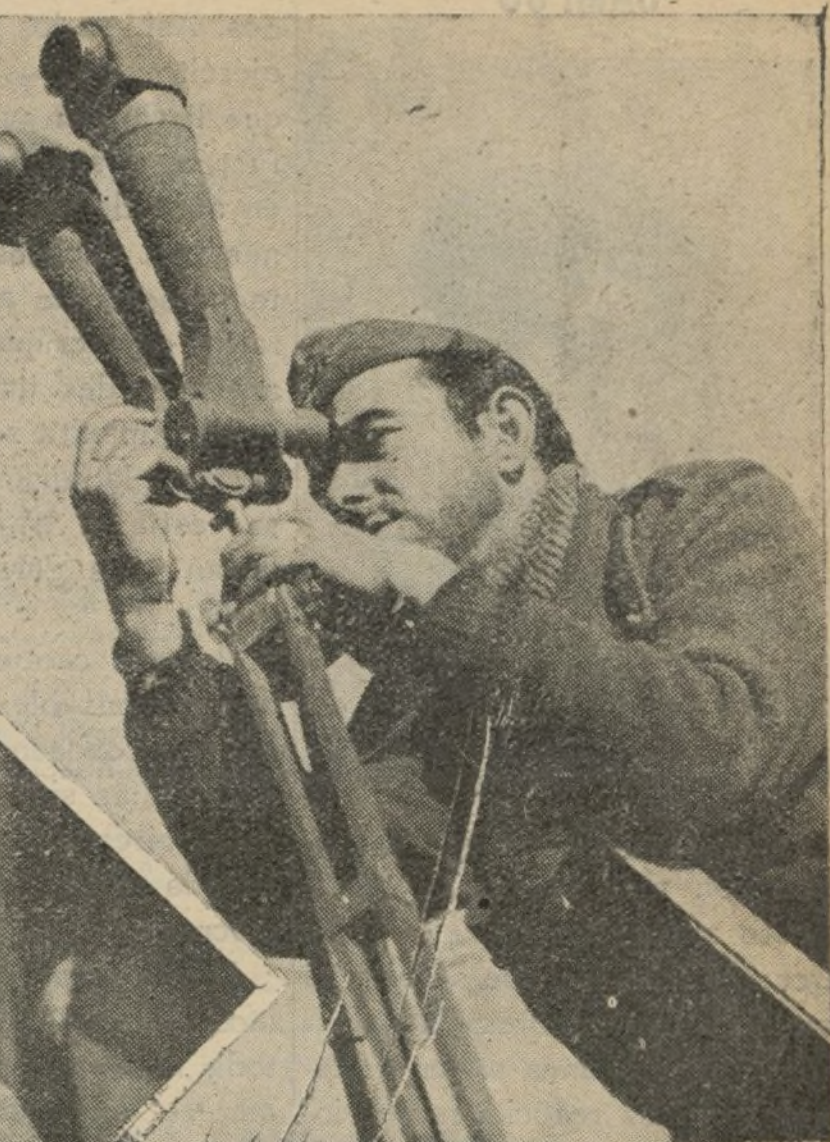


En nombre del Derecho, de la Justicia y de la Democracia luchará sin desfallecimiento nuestro heroico pueblo contra sus enemigos, el militarismo y el fascismo internacional, hasta arrojar de nuestra patria a los traidores y a los intrusos. No podrá repetirse lo que ahora ha ocurrido. Para evitarlo debemos agotar, si fuere preciso, todos los recursos. Contra la voluntad de un pueblo como el nuestro no pueden gobernar los tiranos.



Capacidad, serenidad, obediencia, disciplina, cualidades imprescindibles en la campaña y que en alto grado poseen los hombres afiliados a estas Milicias. Con ellos y rapidez cumplen las

órdenes que reciben del mando y llegan a su destino. No conocen el miedo, y por eso nada ni nadie impide su labor. Han demostrado muchas veces y están dispuestos a repetirlo todas las que hagan necesarios los intereses de la Patria. Contribuyen con entusiasmo a la defensa de nuestra libertad y de su libertad, con fe y sin vacilación. Con combatientes así es segura la victoria, y puede esperarse que en tiempo de paz será fácil y rápido el resurgimiento de nuestra nación y la reconstitución de nuestra economía, destrozada por los traidores y sus cómplices.



Defendemos nuestro territorio, nuestra independencia y nuestra libertad, para gobernar como ordene el pueblo. Por eso hemos empuñado las armas cuando unos políticos miserables y unos militares felones, ayudados por la ambición imperialista de tres dictaduras, han intentado sojuzgarnos. ¡No queremos ser esclavos!

TU MEJOR AMIGO, EL LIBRO

Un libro es un tesoro de valor incalculable, en el que se encuentran las profundas sensaciones del alma de un hombre. El libro va desgarrando la venda que todos llevamos en los ojos; él nos da a conocer todos los secretos de la madre Naturaleza; la constitución y el lugar que ocupa en el espacio el planeta que habitamos, la inmensidad y riqueza de los océanos, los tesoros que la tierra encierra, las plantas y los animales que nos son útiles y los que nos son dañinos, todos los hechos acaecidos en el tiempo y en el espacio, las costumbres, las religiones, los regímenes por los que se desenvuelven los pueblos, los

hombres que siempre trataron de explotar nuestras energías y, en fin, todo cuanto los seres humanos, desde los más remotos tiempos, con el esfuerzo de su inteligencia han ido creando y perfeccionando. ¡Qué orgulloso, qué libre, qué seguro de sí mismo se siente el hombre que conoce la tierra que pisa, los hombres y los problemas que le rodean! ¡Qué buen soldado, qué buen revolucionario, qué buen dirigente puede ser este compañero! El compañero que sus ratos de ocio los dedica a estudiar, ennoblecen sus sentimientos, purifica su alma, eleva su desenvolvimiento social y se va abriendo

la senda por donde puede caminar sin lazarillo. Hoy no podemos disculpar nuestra falta de cariño a los libros; con la indigencia y miseria en que siempre nos tuvieron sumidas las clases explotadoras, que, debido a ello, teníamos que pasar ante el escaparate de una librería y conformarnos con leer los títulos de las obras; no, camarada; hoy no podemos disculparnos de esa manera; hoy existen organismos que generosamente ponen a nuestra disposición espléndidas bibliotecas que contienen todo cuanto nosotros necesitamos y podemos desear. Si, camarada, nuestro mejor amigo tiene que ser el libro. Tenemos que cultivar nuestra inteligencia; el hombre no nace, el hombre se forja, el hombre es hijo del ambiente y, por tanto, el hombre es lo que él quiere ser. Date cuenta que nosotros somos la base donde descansa la España que nace; sobre nuestros hombros se asienta el enorme peso de una nueva era de cultura y progreso; tenemos que reforzar nuestro espíritu social y nuestra condición de revolucionarios; no podemos ser una nueva clase de parásitos. Hoy sí que tenemos que crecer y multiplicarnos; por algo somos la gran máquina productora que nadie podrá destruir.

Compañero, no permanezcas un momento inactivo. ¡Qué criterio tan distinto puede formarse de un compañero que lleva un libro debajo del brazo al que lleva la bota colgada en el hombro!

FAUSTO RAMIRO

DOS EPOCAS Y UNA SOLA FINALIDAD

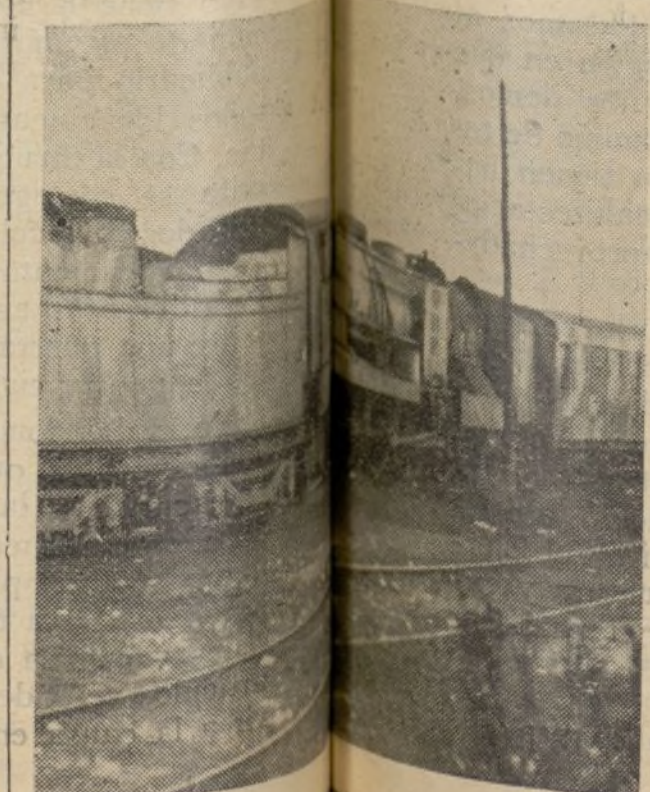
¿Quién ha sido un buen miliciano? ¿Quién será un buen soldado del Ejército regular? Dos etapas, dos finalidades, si se quiere en un mismo individuo, que me propongo analizar a grandes rasgos. Fué un buen miliciano el que se sintió movilizado al iniciarse la sublevación para, de una manera decidida, presentar batalla al enemigo, que con una preparación guerrera muy superior quería de un solo golpe cercenar las libertades que, aun pequeñas, había conquistado el pueblo a través de un largo período de gran lucha. Lo que fueron también los que no repararon en ningún momento en el sacrificio que suponía sentirse inferiores en potencia mecánica al enemigo; los que en medio de las mayores privaciones, soportando estoicamente las inclemencias del tiempo, con insuficiente alimentación en algunos casos, y escaso municionamiento, no les falló ni un instante la firme voluntad de vencer. Han sido, por último, dignos de llamarse buenos milicianos casi todos los que formaron en las ya históricas Milicias Populares, y no decimos todos, pues no sería justo que por halagar a unos cuantos, en perjuicio de la causa de la libertad, que exige sean censurados los errores cometidos, para evitarlos en lo futuro, dijésemos que todos se han comportado como hace falta para ser acreedor al título de «buen miliciano»; no fué así, y aunque éste sea en parte disculpable en una connotación de esta naturaleza, creemos y queremos que el ejemplo de los que todo lo han dado en la gran gesta que vive el proletariado español, sirva de reflexión a los que consideren, al autojuzgarse, que no han sido dignos de este título, y en lo futuro pueden serlo.

¿Quién será un buen soldado del Ejército del pueblo? No basamos la respuesta por casualidad en un concepto que no por lo repetido deja de ser eje de toda actividad futura para un resultado provechoso: la disciplina; no será difícil a los trabajadores adaptarse a ella, y digo esto porque el desenvolvimiento de la lucha antes del movimiento, la ha exigido en el terreno sindical y político, donde se ha forjado la clase obrera, y si bien es cierto que no todos han participado en esta lucha previa, es preciso que los que lo han

hecho hagan comprender a los demás la necesidad de la disciplina. Un buen soldado del Ejército será aquel que comprendiendo las tareas que reporta, acate disciplinadamente las órdenes de sus jefes. Si juzga que alguna puede causar un perjuicio, ha de advertirlo y honradamente en asamblea. En esta oportunidad se diferencia el nuevo ejército del antiguo.

Se podrá considerar, por último, buenos soldados a casi todos los que fueron milicianos, porque que estimo que solo el momento de reflexión hace falta para darse cuenta de cuál ha de ser nuestro comportamiento en la gran batalla en la que de un solo golpe se decide la suerte de toda la clase obrera, que desde muchos años estuvo sometida a la explotación y ahora vislumbra su liberación. ¡Obediencia a los mandos! ¡Ejemplo de los buenos al resto de nuestra clase! ¡Viva el Gobierno del Pueblo! ¡Vivan las Milicias Populares!

ALVAREZ



Los trenes blindados...

EN MARCHA HACIA UNA NUEVA VIDA

No es presumible, siquiera sea en honor a los conscientes camaradas milicianos, que se entienda lo escrito como cosa nueva. Se impone, sin embargo la necesidad de cambiar impresiones para allanar dificultades. ¡Ganar la guerra! Nada más interesante; en ello nos va la consecución de la aspiración más lógica y humana, por la cual han laborado tantos camaradas que nos dejaron desgarrones de su existencia, en pugna siempre con la rapacidad de la clase capitalista.

Que la ganamos, demostrándose está al correr de los días; sin una preparación bélica, nos la hemos proporcionado, consiguiendo hacer con decisión y disciplina un firme baluarte de la libertad. ¿Qué problemas se nos plantean después de ganar la guerra? De esperar es el que en el ánimo de todos está. Después de la victoria, hay que administrarla y poner todos los resortes en condiciones de ser útiles a la única clase digna de serlo: la productora. Pero poco adelantaremos con nuestro triunfo si después no supiéramos demostrar que no regateamos ningún esfuerzo para el logro total de nuestros postulados.

¿Cómo conseguir esto? Es suficiente que, haciendo dejación de los dictados individuales, nos disciplinemos todo cuanto sea posible, como ahora en la lucha, no regateando ningún esfuerzo, haciéndonos a la idea de que todo lo esperan de nosotros las futuras generaciones, pues no sólo el presente nos pertenece, y que tenemos que dejar firmes para el porvenir los jalones de la gran transformación social que con tanto entusiasmo y heroísmo hemos emprendido.

Ejemplos magníficos de los trabajadores tenemos en la Historia, y debemos imitarlos. Los Stajanov, Busiguin, Smetanov y otros muchos camaradas rusos, que con un acertado concepto de cuál era su obligación, provenientes de familias obreras y campesinas, su gran conciencia de clase les indujo a modificar las formas rutinarias de trabajo y crear una nueva vida. Hagámoslo por los que en este empeño dieron todo lo que eran y por nosotros mismos, dignos de administrar y poner en marcha la victoria.

ARTURO CAMPOS

LABOR DE COMISARIOS

Administración de prendas. Limpieza de compañías o destacamentos. Control del rancho. Preocupación constante del analfabetismo.

Encargarse personalmente de la lectura de prensa comentada. Biblioteca en la compañía y periódico mural donde de una forma agradable y de respeto para los artículos de los demás compañeros, colaboren todos los milicianos.

Ser el último en las cosas que puedan ser agradables y el primero en las que, por el contrario, sean desagradables y encierran peligro.

Dirigir de una manera ecuaníme, política y sindicalmente, a los milicianos.

Fortalecer los mandos y preocuparse del respeto a los mismos, dentro del mayor orden y disciplina.

Dar conferencias o charlas por todos aquellos pueblos donde se publicarán, consiguiéndonos los comisarios hacer una labor revolucionaria dentro de nuestras filas y fuera de ellas.

Tenemos misión especial los comisarios en los pueblos por donde pasemos, ya que el nivel cultural y político de los campesinos es en nuestra tierra bajísimo, y ahora tenemos una ocasi-

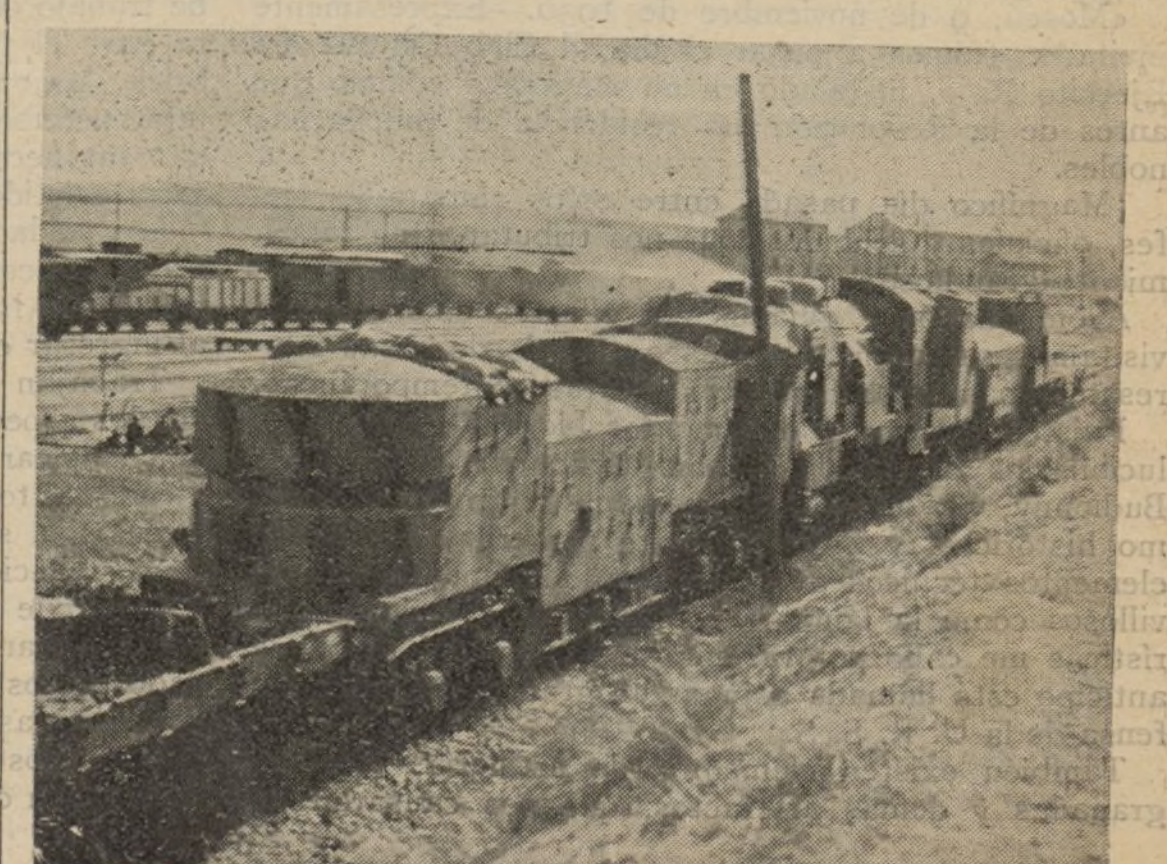
sión que nos brinda la guerra para hacerles comprender en la opresión y la ignorancia que los tenía la clase capitalista de nuestro país.

Nosotros, camaradas, debemos respetarlos y preocuparnos principalmente de hacerles comprender que los rojos, como nos llaman los invertidos fascistas y demás fauna caciquil, somos sus verdaderos compañeros, que nos preocupamos de sus problemas y procuramos por todos los medios elevarlos a la categoría de ciudadanos con derechos y obligaciones; respetamos sus propiedades, así como sus aperos y enseres; educamos a sus hijos para que su vida no sea como la

de sus padres, de esclavo. Con todo este trabajo dejaremos un surco abierto para sembrar un día no lejano la simiente de la cosecha revolucionaria, que salga para siempre a la clase trabajadora de la tiránica opresión en que la tenía la caterva de señoritos y militares que en compañía de unos pelados gordos y negros, como pulpos de cien garras opresoras, tenían tiranizado a nuestro pueblo.

RICARDO BENEYTO (Comisario)

LA LIMPIEZA DEL VESTUARIO ES PATRIMONIO DEL TRABAJADOR CONSCIENTE



adonde deben llegar. (Fotos. Díaz Casariego.)

NUESTRO CAPITAN ARTURO CAMPOS



Pocos compañeros han expresado con más fuerza su sentimiento antimilitarista. Son las circunstancias las que señalan el camino a los hombres. El camarada Campos nunca se ha distinguido por sus reacciones de violencia ni por su carácter vehemente. Hoy desempeña en el Ejército de la revolución y de la libertad un cargo de gran responsabilidad: capitán. No es extraño oír a nuestro compañero expresiones rotundas y terminantes en cuanto al militarismo. Pero ha sido la patria amenazada, ha sido la libertad en peligro lo que a nuestro compañero, en no muy buenas condiciones físicas, le hicieron empuñar las armas, y en los últimos días de nuestro glorioso julio, con miles de hermanos de clase salió hacia los altos de la sierra de Guadarrama a cerrar el paso a nuestros enemigos. Por su abnegación, por su honradez, sus compañeros le eligieron capitán. Capitán con dignidad. Camarada que sabe ser al mismo tiempo capitán. Su trato

de respeto a las personas y a las cosas le granjeó el afecto de todos. Así son los jefes de nuestro ejército, obreros o intelectuales, que llevan en su cuerpo los esfuerzos y sacrificios acumulados en años de anteriores luchas. A nuestros oficiales jamás podrá tachárseles de ambiciosos o de faltos de escrúpulos. Con la misma honradez que se empuñaba la herramienta se empuña el fusil; con la misma dignidad que se vestía el traje de mahón se llevan unos galones o unas estrellas.

Por ese camino, con camaradas responsables, con compañeros que conocen los sufrimientos de los días sin pan ni trabajo, construiremos la nueva patria basada sobre la libertad y la democracia.

Desde estas columnas saludamos con todo el respeto y con toda la consideración que nos merece al camarada Campos, capitán de nuestras Milicias, con la seguridad de que con hombres así nuestro triunfo no se hará esperar.

UNA BODA

El miliciano ferroviario Luis Romero Arellano se ha unido a Leonor Alegría. Hoy, que estamos renovando con nuestra lucha todas las costumbres y tradiciones, el acto se limita a ser y representar lo que tiene de realidad, desposeyéndolo de toda teatralidad; más simplificado todavía por la circunstancia de celebrarse en la misma línea de fuego. Sin embargo, no deja de tener su importancia, tenida cuenta de la promesa que significa para el futuro.

La nueva sociedad que estamos forjando ha de ser así: sencilla en su apariencia y grandiosa en su fondo.

¿Qué nos falta para triunfar?

Si tenemos en cuenta cuál era nuestra situación y la de los eternos traidores nacionales desde el principio de la sublevación militar, a la que hubimos de hacer frente con las escasas armas de que disponíamos, hasta el día de hoy, sacaremos la consecuencia de que les hemos sacado ventaja en el terreno de la organización que juntamente con la disciplina son factores indispensables para ganar la guerra.

Al comienzo de la insurrección de los felones, preparada desde el ministerio de la Guerra por el asesino Gil Robles, nosotros no podíamos oponer más que nuestra voluntad de no dejarnos robar las libertades conquistadas a través de largos años de lucha.

Al ejército bien dotado y disciplinado del enemigo opusimos nuestro pecho, y aquellas legiones de héroes que prácticamente vencieron al fascismo en nuestro país, pero no así al fascismo internacional, del que desde el primer momento recibieron tan copiosa como interesada ayuda los que venden la patria a pedazos; ante las modernísimas armas del enemigo nuestras milicias se veían obligadas a cederle posiciones. Hoy las cosas han cambiado en nuestro beneficio: al ejército enemigo oponemos nuestro ya glorioso ejército popular, del que nuestra brigada de Ferrocarriles pasará a formar parte; a los oficiales de academia, de tipo reaccionario, oponemos nuestros compañeros, a los que hemos graduado en las trincheras, y que son lo más consciente y abnegado de nuestra clase, y que en la práctica nada tienen que envidiar al adversario; nuestros soldados, artilleros, aviadores, etc., son infinitamente superiores moral y técnicamente al ejército mercenario; nuestras armas superan ya, y superarán cada día más, a las de nuestro adversario; con

el mando único, que coordina todos nuestros movimientos, se suprimen las operaciones un tanto esporádicas que muchas veces, aun siendo afortunadas, al no responder a un plan eran un perjuicio, por no poder mantener las posiciones conquistadas.

Entonces hay que preguntarse: ¿por qué con estas ventajas sobre el enemigo no le hemos vencido? La respuesta nos la da el propio enemigo:

Un prisionero que se les hizo al tomar una posición en el sector de la Moncloa dijo, entre otras cosas, que la oficialidad fascista decía que seríamos vencidos por no tener disciplina.

Ese es, compañeros, el secreto: más disciplina. Tanto en las milicias como en la retaguardia se discute demasiado sobre las obligaciones de los demás; nunca en el sentido de ser más útiles a la guerra; nos preocupamos con exceso de nuestras cosas particulares, y escasamente de las generales. Esto no es justo; hay que reforzar la autoridad del mando; no es posible admitir que cada orden pueda ser discutida sin más ni más y sin elementos de juicio. No, compañeros; los mandos los hemos elegido nosotros y son de lo mejor de nuestra clase; por ello les debemos obediencia ciega, y tener la seguridad, camaradas, que lo que tardemos en ser disciplinados tardaremos en vencer.

A. ROZAS

A LOS LECTORES

Por falta de espacio no podemos insertar en este número varios originales de interés.

Los publicaremos en el próximo.

DANDO GRASA A LAS BOTAS SE CONSIGUEN DOS COSAS IMPORTANTÍSIMAS Y DE UTILIDAD: FLEXIBILIDAD Y DURACION

HASTA LOS NIÑOS HUYEN DEL FASCISMO



Esta pequeño camarada, Ignacio Domínguez González, a pesar de sus doce años, huyó de Mérida cuando los facciosos iban a entrar en ella. Allí quedaron sus padres; pero él, que ya siente dentro de sí el antifascismo y que comprende lo que el triunfo de los traidores significaría para la masa trabajadora, huyó de su pueblo antes de vivir entre ellos, y fué a parar a Don Benito, haciendo a pie los cuarenta kilómetros que separan a ambas poblaciones. Fué recogido por nuestras Milicias Ferroviarias que luchan en aquel sector, y al lado de estos compañeros está, compartiendo lo mismo los momentos de paz que los de lucha, ya que también él cumple como un luchador más cuando llega el momento de ello.

REDACCION: PRINCIPE DE VERGARA, 44 TELEFONO 63247

IMPRESIONES DE UN MILICIANO FERROVIARIO EN LA U. R. S. S.

Especialmente dedicado al gran periódico de las Milicias Ferroviarias, NUESTRAS ARMAS, deseo dar publicidad a la parte de mis impresiones que afecta al contacto, durante mi estancia en la Unión Soviética, con el Ejército Rojo, y al mismo tiempo lo hago como homenaje a las gloriosas Milicias Ferroviarias y a los caídos en esta cruenta lucha contra el fascismo internacional.

El modo más fiel de reflejarlo lo que he visto es el de abrir mi carnet de notas y copiar literalmente cuanto en él dice, escrito por mí directamente del natural. Ahí va, pues:

«Moscú, 9 de noviembre de 1936.—Expresamente invitados fuimos a pasar el día al Club Central del Ejército Rojo, instalado en un magnífico edificio que antes de la Revolución era residencia de muchachas nobles.

¡Magnífico día pasado entre estos camaradas, jefes, oficiales y soldados, que nos tributaron un recibimiento grandioso!

Acompañados y guiados por ellos constantemente visitamos su formidable museo, dotado de cosas interesantísimas, unas históricas y otras contemporáneas.

Existen cuadros y documentos biográficos de revolucionarios destacados, como Chapaieff, Vorochilov, Budionny, Stalin, etc.; armamento y trofeos asimismo históricos, y luego la parte moderna, dotada de elementos técnicos acabadísimos, algunos tan maravillosos como la lámpara fotoaparato, cuyas características me callo por razones de discreción, pero que anticipo está llamada a jugar un gran papel en la defensa de la U. R. S. S.

También existen elementos de artillería, bombas, granadas y demás artefactos, que nos causaron un

considerable respeto. Además, hay toda una serie inabarcable de aparatos y aparatitos endiablados que asombran por lo complicados y diversos, pero que sería prolijo e inconveniente relatar.

Pasamos después a la sala de lectura, donde confraternizamos con los camaradas jefes, oficiales y soldados, charlando con ellos sobre su organización, sus condiciones de vida, relaciones entre sí, derechos, deberes, situación, etc.

Nos dijeron que gozan de todos los derechos de la población civil.

Que los soldados ganan al mes ocho rublos y medio, pero que no gastan nada, porque sus necesidades las tienen cubiertas, ya que perciben de todo, incluso sellos para el correo, tabaco, asistencia a cines, teatros, ópera, «ballet», festivales, espectáculos deportivos, etc. Por tanto, todos tienen ahorros.

Si son casados, al ir al Ejército su compañera recibe trabajo con arreglo a su calificación, y si no es apta para el trabajo recibe ayuda inmediata de su fábrica, koljos (explotación colectiva del campo), etcétera, percibiendo siempre lo suficiente para cubrir todas sus necesidades; y los hijos, si los tienen, pasan a ser asistidos en las casas-cuna, pioneros, etc.

Los soldados se capacitan también durante el tiempo de su permanencia en filas, que al reintegrarse a su trabajo lo hacen en mejores condiciones que estaban al ingresar en filas.

Trabajan ocho horas diarias como soldados, en todos los aspectos de la instrucción militar, y luego pueden emplear el tiempo restante como gusten, acudiendo a toda clase de diversiones, actos, museos, círculos, a su propio club, etc.

Sus relaciones con los jefes y oficiales son excelentes, porque este Ejército de ahora no es el zarista, con sus mandos de castas, que maltrataban a los soldados y los trataban despoticamente, como a individuos de clase inferior, despreciados y vilipendiados.

Ahora los camaradas, jefes y oficiales, como los soldados, son de una misma clase: son trabajadores, son

del pueblo, y, por tanto, se compenetran y tratan como tales, guardándose iguales respetos y consideraciones, por lo que la disciplina es comprensiva y fraternal, exigente sólo en lo indispensable y necesario para constituir el ejército de defensa que necesita el pueblo soviético para salvaguardar, frente al fascismo voraz, sus conquistas, su bienestar y su felicidad.

Los soldados, cual corresponde a un ejército de pura raigambre democrática, pueden escalar los más altos puestos, por su conducta, merecimientos y cualidades, tanto dentro de la vida militar como social y política.

Los ascensos de soldados, oficiales y jefes se obtienen cuando se han demostrado cualidades y condiciones para ser elevado durante el trabajo diario general y en las maniobras del Ejército. Por todo esto no existe, no puede haber favoritismo como en el ejército zarista.

Luego pasamos al salón de recreo, donde realizamos divertidamente algunos juegos y pasos de baile ucranianos, en compañía de los entusiasmados camaradas de todas las categorías. Después pasamos al teatro del Club, donde se celebró una función en que los compañeros y compañeras soldados nos demostraron que si son capaces de luchar con dominio de todos los aspectos del arte militar, también tienen habilidades sin cuento en todas las otras manifestaciones artísticas, y que invierten su tiempo aprovechadamente.

Las mujeres ingresan en el Ejército Rojo voluntariamente, constituyendo servicios especiales, con iguales deberes y derechos que los soldados.

Aquí termina la nota de mi block, y como colofón sólo he de añadir que, teniendo ante nosotros la perspectiva de crear un ejército regular del pueblo, ahí tenemos ante nosotros también el ejemplo vivo del Ejército soviético, para entresacar de su estructura y experiencia todo aquello que nos pueda servir para comenzar la nueva etapa que nos aguarda.

Madrid, enero de 1937.

BENITO GABELA